

En estos últimos meses, nueve, para ser exactos, he llegado a pensar que el placer y el dolor siempre tienen que ver con cosas que entran o salen de tu cuerpo.

Hace nueve meses no sabía que una serie de eventos relacionados con esas entradas y salidas iban a converger aquel noviembre, el mismo mes en que cumplía treinta años. A mi padre le detectaron un cáncer de colon, Adriana se suicidó lanzándose de la ventana de un hotel y yo yacía en la cama de un hospital de la sanidad pública española recuperándome de una cirugía considerable. Al volver a casa estaba destrozada por las noticias y físicamente muy débil. Apenas puedo recordar los días que siguieron a mi operación. Fueron dos semanas de un invierno especialmente frío, en las que necesité la ayuda de J para casi todo. Para cortarme el filete, para lavarme los dientes y limpiar mis heridas.

Me habían extirpado unas glándulas mamarias excedentes que tenía bajo las axilas y casi no podía mover los brazos. Tenía dos cicatrices enormes de las que brotaba un catéter que iba drenando sangre oscura. Había decidido operármelas porque, además de ser muy poco estéticas y molestas, los médicos me habían asegurado que un día muy lejano, cuando decidiera tener hijos, se llenarían de leche y me ocasionarían

terribles molestias. Así que decidí que debía cercenarme lo que yo veía como una deformidad, aunque la cosmovisión mágica de mi madre se empeñara en recordarme que en otras épocas a las mujeres con mamas supernumerarias las quemaban por brujas: para ella, mis dos tetas de más podían tener poderes sobrenaturales.

Fue una intervención sin complicaciones pero la convalecencia estaba resultando muy dura. Por si fuera poco, los antibióticos que me habían recetado para prevenir una infección parecían perforarme el estómago.

El día del cumpleaños de J, solo pocas semanas después, seguía sintiéndome tan incómoda que decidí quedarme en casa. No suelo perderme los cumpleaños de mis maridos, así que fue un poco raro. Ahora, además de un intenso dolor de barriga, tenía náuseas. Al día siguiente, cuando debía volver a la oficina, no pude levantarme. Estaba demasiado cansada. Vomité toda la mañana. A medio día, J me llamó para ver cómo seguía pero también para darme una noticia.

–No te pongas nerviosa, ¿OK? La revista cierra. Se acabó.

Mi padre con pronóstico reservado.

Mi amiga lanzándose al vacío.

Mis glándulas mamarias arrancadas de cuajo.

Y ahora había perdido mi empleo.

J atravesó la puerta con un test de embarazo en la mano. Llevábamos algunos meses jugando con la idea, en un coitus interruptus permanente. La verdadera promesa, antes que amarte y respetarte toda la vida, es “Te juro que no me corro dentro”. Y es la primera en incumplirse.

Hay una rebelión secreta, estúpida quizá, pero rebelión

al fin, contra el mundo adulto, o contra cualquier cosa, en no tener nunca un condón en la mesita de noche. Siempre me ha parecido el sumo de lo excitante la manida escena en que los amantes están a punto de estallar y algo ocurre. Así, el que pudo ser un buen polvo, su sola posibilidad truncada, lo convierte en el mejor. Ningún polvo cualquiera completo puede superar a uno perfectamente incompleto. Correrse fuera es como retirarte en el pico de tu carrera, como escribir un libro de cuentos magistral y desaparecer, como suicidarte a los treinta años.

Enmudecimos por unos segundos mirando el *Predictor* como quien mira el arma con el que va a suicidarse. Un test de embarazo es siempre una presencia intimidante, sobre todo si eres un flamante desempleado.

Tuve que orinar en un tubo, echar unas gotitas sobre aquel bicho blanco mientras J leía las instrucciones y por fin quedó claro que dos rayas quieren decir que sí y una raya que no. Según consta en la caja, este test casero tiene 99 por ciento de efectividad si el resultado es positivo, en cambio si es negativo hay un margen de error mayor y la prueba debe repetirse días más tarde. No sé cuántas veces me había hecho esta prueba en mi vida con resultados casi siempre negativos.

Las mujeres jugamos todo el tiempo con el gran poder que nos ha sido conferido: nos divierte la idea de reproducirnos. O de no hacerlo. O de llevar bajo un vestidito lindo un vientre redondo que luego se convertirá en un bebé para abrazar y mimar. Cuando tienes quince la posibilidad es fascinante, te atrae como un pastel de chocolate. Cuando tienes treinta, la posibilidad te atrae como un abismo.

En el papelito también decía que los test de embarazo miden la presencia en la orina de una hormona llamada

Gonadotropina Coriónica Humana. Esta hormona, llamémosla por su nombre de pila, Gona, llega a la sangre luego de aproximadamente seis días posteriores a la concepción, cuando el huevo fertilizado se implanta en el útero. En los cinco minutos que le tomó decidir al aparatejo qué ocurriría con mi vida, pasaron ante mis ojos, en cámara lenta, todas las veces que había hecho el amor en el último mes, esperando identificar el día fatal. Finalmente, los dos barrotos rojos se dibujaron velozmente como la palabra fin en cualquier película.

–Es la última vez que trabajamos juntos –le dije a J.

Ahora sí podíamos decir que toda una familia se había quedado en la puta calle, y de cara a la Navidad más fría de los últimos años, según el hombre del tiempo. Aunque el hombre del tiempo suele equivocarse.

Dos gametos forman un cigoto. Me gusta cómo suena la fórmula de la fecundación. Es matemática pura. Las sensaciones más poderosas al descubrir que estás embarazada tienen que ver con la irrealidad de las matemáticas. Te han dicho que está ahí, que irá multiplicando su tamaño, que ahora tiene la forma de un cacahuete, después la de una cereza y así, pero no lo ves, ni lo sientes. Está la opción de pagar doscientos euros para que una de esas máquinas ultramodernas llamada ecosonógrafo te muestre qué hay dentro, pero por ahora sólo podía permitirme acudir a testimonios directos. A una mujer un embrión de cuatro semanas le parecía un langostino, a aquella un guisante, a otra un pecesito y a alguna otra un punto a lo lejos. ¿Por qué será que la maternidad nos llama de inmediato a la divagación lírica y nos sitúa al borde de la estupidez?

¿Será la sola posibilidad de tener a nuestro lado a un

bebé con cara de monito asustado lo que dispara esa ternura desbocada? Decidí escribir mi propia figura literaria zoológica: “A las cuatro semanas un hijo es como el fantasma de un caballito de mar”.

Lo cierto es que todavía no se ve nada. Solo el saco gestacional precoz de menos de diez milímetros de diámetro, la bolsa donde crecerá el feto. Qué horrible palabra es “feto”: suena demasiado parecido a feo. La apariencia de un embrión no puede ser otra que la marina. Su forma no es humana. Tiene cola. Mide de dos a cuatro milímetros y sus ojos son como el par de puntos negros que a veces encontramos en un huevo crudo antes de echarlo a la sartén.

En mi vieja enciclopedia del cuerpo humano leo que en un embrión ya puede atisbarse la columna vertebral, los pulmones y el resto de órganos, todos a escala milimétrica. Sin embargo, el bebé de cuatro semanas no es un ser humano, es cientos de especies al mismo tiempo. Hace algunas décadas se sostenía que el bebé del hombre atravesaba todas las etapas de la evolución en el vientre de la madre, que tenía agallas de pez y cola de mono. Era verosímil. Luego se probó que esas no eran ni agallas ni esa en realidad era una cola, pero al ver las imágenes de la evolución del feto bien podría concluirse que el embarazo es el trailer de la película de la vida. ¿Te gustaría ver la peli completa?

Los libros no te preparan para lo que se viene. Los manuales para embarazadas deben haber sido escritos por madres completamente narcotizadas por el amor de sus hijos, sin una pizca de distancia crítica. Todos dicen: sentirás un poquito de náuseas por la mañana, tus pechos se volverán tensos y sensibles, sentirás sueño y ganas frecuentes de orinar. Ah, eso sí, “no fumes, no bebas café ni Coca-Cola,

no tomes drogas, aléjate de los rayos X”. ¿Cómo demonios soportar este estrés sin al menos una lata de Coca-Cola? ¿Cómo es que hasta ahora no se ha sintetizado una droga de diseño para embarazadas? Éxtasis prenatal, LSD para gestantes, algo así.

Para empezar no son solo las náuseas, el malestar vital que te embarga al despertar se parece a la sensación de amanecer con resaca y mala conciencia al mismo tiempo, a despertarse después del velorio de un ser querido o a ver la luz al día siguiente de perder al amor de tu vida. Las náuseas me atacaban en los momentos y en los lugares menos indicados. Comencé a pensar que revelaban cierta psicología en mi relación con las cosas. Por ejemplo, siempre me daban náuseas cuando tenía que hacer algo que no quería hacer, como ir a comprar pan muy temprano en pleno invierno. También aparecían delante de cierta amiga muy querida. Siempre que la veía tenía que irme al baño.

Ni qué decir de mis pechos, me dolían al más mínimo roce. Pero ellos no eran los únicos sensibles. Era toda yo. Nunca imaginé que podía llorar con uno de esos horrendos *talk show* conducido por una falsa mosquita muerta que entrevista a hijos que buscan a sus madres y vecinas que se odian; pero lloraba, y a mares, sobre todo con historias como “Su marido le era infiel con la vendedora del todo a cien... ¡Que pase el maridooooo!”. Yo, una persona con estudios superiores, criada en un hogar en el que se escuchaba Silvio Rodríguez y Quilapayún, me encontraba en posición fetal bajo la frazada y mi único cordón umbilical con el mundo era el control remoto. Y alguien había presionado la función *slow*.

Pasé largas horas viendo telebasura, durmiendo y soñando que daba a luz a un mono.

Mi hermana y yo teníamos un juego. En voz alta solíamos decir: “Vamos a jugar a la mamá y a la hija”. Siempre éramos mamás y siempre éramos mamás de unas hijas. El mundo de la maternidad era un mundo entre mujeres solas. Ser madre era muy fácil: consistía en ponerles nombres a nuestras muñecas, cubrirlas con una frazada y peinarlas. Y cuando la guionista era yo, siempre debía ocurrir una desgracia, un terremoto devastador, por ejemplo, que impregnaba de dramatismo a nuestro papel maternal. Nuestras muñecas lloraban y nosotras las protegíamos de los vientos huracanados y las llevábamos a un lugar seguro. Era hermoso ser madre cuando corríamos peligro, eso te hacía una madre mejor.

Barcelona parecía un buen lugar para dos periodistas ingenuos con aspiraciones literarias que creían en las posibilidades de sus currículums pero no para dos periodistas aspirantes con un hijo. J y yo habíamos llegado a la revista *Lateral* a trabajar primero por nada y luego por poco. Pero estábamos contentos de poder dedicarnos a lo nuestro luego de una temporada trabajando en algunos de esos empleos inventados para explotar inmigrantes sin papeles. No habíamos venido en cayuco pero nuestro estatus de estudiantes extranjeros nos ponía directamente en el más bajo escalafón laboral.

Aquí a nadie le importa lo que hayas hecho antes en algún lugar del hemisferio sur. De nada te valdrán tus libritos autopublicados. Ni ese master de nombre rimbombante que viniste a hacer. De nada te servirá decir que publicaste en los medios más importantes de tu país y que ganaste un premio.

Por eso terminarás trabajando gratis como el becario más viejo que se haya conocido. La base tres no es precisamente una lustrosa pista de despegue.

Súmale a eso que en esta ciudad se habla catalán y que los catalanes quieren que les hablemos en su lengua, aunque ellos sean perfectamente bilingües, por lo tanto suelen sobre todo ofrecer buenos empleos a gente que lo habla. Los catalanes son super simpáticos en muchas cosas pero con el tema de la lengua son unos pesados.

Y aunque no tengas idea de cómo se hace, intentarás ganar dinero en el boyante mundo de la restauración, o sea como camarero sirviendo paella marinera. Colaborarás con los especuladores de la burbuja inmobiliaria vendiendo pisos de ancianitas desahuciadas. Repartirás correo comercial de puerta en puerta arriesgándote a ser mordido por un perro feroz o serás una voz al teléfono vendiendo lo que sea.

Lo bueno de Barcelona es que existe una graciosa fiesta en la que la gente intercambia libros por rosas. Es una especie de día de los enamorados pero en lugar de ir al cine las parejas se van de compras a una librería. Eso te da la sensación –no siempre correcta– de que estás rodeado de gente sensible y culta. Aquí los quioscos rebosantes de periódicos y revistas de la Rambla parecen los estantes de los supermercados. La gente lee en el metro aunque luego te das cuenta de que leen a Coelho y Dan Brown. Aquí el equipo de fútbol local siempre gana. Y, quieras o no, ese espíritu ganador se contagia.

Quizá por todo eso era hasta agradable dejarse explotar por una publicación literaria hecha por gente tan divertida e ilustrada como el director de *Lateral*, Mihály Dés, un intelectual judío nacido en Hungría y radicado hacía muchos años en España; y por su jefe de redacción, Robert Juan-Cantavella, el jefe más joven, rockero y guapo que uno soñaría tener. Mihály se hizo empresario para gestionar el sueño de la revista independiente y había hecho hasta lo imposible

por mantenerla a flote durante once años, pero las deudas la habían terminado de hundir. Al menos, justo antes de que enterrara el pico, habíamos conseguido que *Lateral* nos hiciera a J y a mí nuestro primer contrato de trabajo en España, aprovechando la regularización masiva de inmigrantes que hizo el gobierno. Así, habíamos cambiado nuestro estatus de estudiantes a residentes con trabajo legal. Pero teníamos que conseguir otro trabajo cuantos antes o perderíamos nuestra precaria legalidad.

¿Qué haríamos con un hijo fuera del Perú? ¿Lo vestiríamos con ropa del contenedor, lo haríamos vivir con cinco estudiantes borrachos, le sacaríamos su carnet del Barça? Seguro le diríamos que el trabajo no dignifica al hombre. Le enseñaríamos a no tomar taxis porque son muy caros y a montar bicicleta bajo la lluvia. Lo llevaríamos los domingos a Ikea. O mucho mejor, lo prepararíamos para recoger una vez a la semana de la basura electrodomésticos casi nuevos. Le compraríamos ropa en Humana, esa cadena de trapos de segunda reciclados por gente que respeta el medio ambiente. Lo llevaríamos a hacer las compras de la semana al Día, ese supermercado decadente en el que chocan sus carritos en el mismo pasillo indigentes, ocupas y jubilados desatendidos. Y si todo esto no lo convenciera le diríamos que siempre podrá beber café y comer croissants hojeando *El País* en una terraza llena y acariciada por el sol del mediodía, a la hora en que otros se rompen el lomo. Y que lea a Henry Miller. Hijo mío: Europa es el mejor lugar para que un latinoamericano se muera de hambre y beba buen vino. Bienvenido.

Al bajar a tirar la basura, tomé un periódico gratuito y por casualidad me encontré con el típico titular sobre la inmigración: “El quince por ciento de los nacimientos en

España son de hijos de inmigrantes”. Así somos, nos vamos a la cama con muchas ganas y terminamos equilibrando la balanza demográfica en un país que tiene el récord mundial de la natalidad más baja. Solo gracias a nosotros en España hay más nacimientos que muertes. Pero más abajo pude leer otro titular en letra pequeña: “La tercera parte de los abortos en España son de inmigrantes”. En el artículo, un médico declaraba que atendían a muchas mujeres sudamericanas que llegaban desangrándose “por haber tomado aspirina y perejil”. ¿Eso funciona?

Mi primera visita obstétrica, en lugar de oficializar la noticia hizo que todo pareciera aún más irreal. La seguridad social no incluye gollerías como ecografías cada vez que se te antoje hacerle cuchi cuchi a tu embrión. Aquí no existe, como en Lima, un centro de diagnóstico por cada hostel de sexo al paso. Por eso estaba obligada a esperar hasta febrero para la primera ecografía, la del primer trimestre. Tendría que vivir así. La única noticia clara sobre este hijo me la habían dado un par de rayas rojas. Iba a pasar las navidades y recibiría el nuevo año sin ver para creer.

La finalidad de la visita era entrar en contacto con la comadrona, la persona que hace el seguimiento de la mujer preñada mes a mes. Con la ginecóloga solo hay tres visitas programadas antes del parto. La comadrona no es un médico pero sabe todo sobre embarazadas y bebés. Ellas son las versiones hospitalarias de las vecinas autodidactas de otras épocas que venían a asistirte a casa y cortaban el cordón umbilical con los dientes. Eulalia apareció con su corto y rizado pelo cano, su bata blanca sucia y esos inexplicables zapatos rojos de taco alto que siempre se ponía sin pantys.

Me invitó a pasar y ajustando sus gruesos lentes se dispuso a escribir mi historia médica. Me dio un cuadernillo morado que decía: “Carnet de l’embarassada”.

–¿Tienes antecedentes familiares de enfermedades cardiovasculares, cáncer, anomalías congénitas, embarazos múltiples...?

Mi abuela había sido diabética, a mi padre le habían cortado un trozo de intestino, varios familiares habían muerto víctima de un infarto, mi tía abuela por un cáncer de mamas. Con su letra de casi médico, Eulalia iba apuntando algunas de las cosas más tristes de mi biografía con un estilo probablemente similar al que usaba para anotar la lista del mercado. Cuando llegamos a mis antecedentes, mencioné mis recién suprimidas glándulas supernumerarias y un quiste que me habían sacado hace unos años del ovario derecho. También tres abortos provocados. Me sentí un poco acabada.

–¿Cuál es tu FUR?

–Mi... ¿FUR?

–Sí, la Fecha de tu Última Regla.

Le dije que no sabía cuándo había sido mi FUR. Siempre he odiado ese momento en que el gremio de ginecólogos, justo antes de introducirte un aparato para auscultar tus entrañas (que se parece peligrosamente a un exprimidor de naranjas industrial), me pregunta por mi última menstruación. Porque en ese instante en que me lo preguntan se me borra de la cabeza. Con el tiempo decidí no confesar que no lo recordaba y de un tiempo a esta parte siempre decía “el once”, mi número de la suerte. Sacó una rueda de cartón y empezó a jugar con ella para calcular la semana de gestación en que estaba y la fecha probable de alumbramiento. Tu repollo, dijo, nacerá en agosto. La palabra repollo activó en

mí los recuerdos de unos exitosos muñecos, “Los repollitos”, que yo misma había tenido de pequeña. La canción de la publicidad era muy cruel: “Los bebes repollitos nacieron de una flor /¿Quién los va a cuidar? / no tienen mamá”. Así una niña de seis años era chantajeada emocionalmente para adoptar una criatura con cabeza de plástico y cuerpo de trapo que pagarían papá y mamá.

–Acuéstate aquí, por favor.

Me tendí en la camilla. Eulalia –que luego supe, era además de comadrona una insospechada cantante de gospel– me levantó la camiseta y empezó a toquetear mi barriga, que no mostraba ninguna novedad.

–Ahora escucharemos su corazón.

Por fin pude comprobar que algo vivo, que no era mi alma, me habitaba. Puso un monitor de ultrasonido sobre mi panza. Al principio el silencio era absoluto. Eulalia movía el aparato de un lado a otro y empecé a creer que tal vez yo era una especie de perra loca con uno de esos embarazos imaginarios. Hasta que por fin el consultorio se llenó de un “pum pum” extravagante.

–Este es su corazón.

–...

–Y este es el tuyo.

La diferencia de ritmo era vergonzosa. El corazón de un feto late a una velocidad de 120 a 160 latidos por minuto, mientras que el corazón adulto late sólo 76 veces en un minuto. El corazón de un feto es en proporción nueve veces más grande que el de un humano. Desde el decimoctavo día late y late sin detenerse hasta el momento de nuestra muerte. El ruido de ese músculo es casi la primera manifestación humana. Alguna vez, nosotros también, fuimos apenas un

pálpito. Solo mucho después nos volvimos más grandes que nuestros corazones.

Al salir de la consulta, leí en la revista *Mi bebé y yo*, a la que Eulalia acababa de suscribirme, que para esta navidad, entre tanto iPod y reproductor MP3, había aparecido un adminículo que utiliza la tecnología doppler para escuchar los latidos de un nonato en el vientre materno. “Sin necesidad de ir al médico”, dice el anuncio y “gracias a una conexión de cable” se pueden grabar los sonidos o conectar un teléfono para compartirlos con otros: por solo 69 euros, “podremos también sentir sus pataditas, cuando tiene hipo e incluso grabar los latidos del corazón de la madre para calmar al bebé una vez nacido”.

Pronto podremos chatear con nuestro feto en tiempo real. Al volver a casa, escribí en mi blog: “Su corazón late como los samplers de un dj enfermo de la mente, su corazón es electrónica pura mientras que el mío es una vieja canción de rock progresivo”.

Llega un momento en la vida en que una debe reconocer que ya no será capaz de escribir la autobiografía sexual de una Lolita. Al toparme una y otra vez con las memorias de niñas italianas fogosas y adolescentes chinas aficionadas al sado-masiquismo, constataba que para el escándalo hay un límite de edad. O quizá no. En todo caso, yo no estaba dispuesta a hacer el ridículo por tan poco dinero y sin ninguna garantía de convertirme en una *best seller*; o sin ser al menos Catherine Millet, la crítica de arte francesa que contó cómo se la tiraba una turba de tipos en medio de un bosque y otras muchas intimidades. Hay momentos en que uno debe tomarse más en serio la vida que la literatura. Pocos pero los hay.

Al poco tiempo de llegar a Barcelona fui fichada por *Primera Línea*, una revista que durante los años ochenta había sido uno de los artefactos de la desinhibición cultural y una de las que más rápido se subió al carro de los tiempos. En suma: fue una de las pioneras en publicar tetas en la portada. Mi jefe, Guillermo Hernaiz, es el único auténtico hedonista que he conocido. Guillermo organiza fiestas fetish y pincha en los clubs de moda, y tiene siempre un encargo exagerado para mí. Soy su reportera gonzo favorita, su kamikaze, como le gusta llamarme. Bajo el seudónimo de Ada Franela he firmado los reportajes más sensacionalistas de cada número. Para uno de ellos me dejé flagelar por una dominatriz sanguinaria delante de un auditorio lleno, antes de convertirme en su aprendiz. Por notas como esa me entrevistaron en programas de radio y televisión. Un par de reportajes en *PL* podía pagar casi lo mismo que *Lateral* me pagaba por un mes de trabajo. Escribir sobre sexo se había vuelto rentable. Sin ir muy lejos, por los días en que descubrí que esperaba un bebé, estaba poniendo punto final a un libro.

Había empezado como una investigación periodística, en el camino se había transfigurado en crónica gonzo y al final no era otra cosa que un testimonio con aderezos de novelita erótica postulando al fracaso. Inmediatamente después de leer el reportaje que escribí para la revista *Etiqueta Negra* sobre la gente liberal que encuentra placer sexual en intercambiar a su pareja, el director de *Primera Línea* me ofreció trabajo. Pero el siguiente regalo de la tribu de los swingers iba a ser que una editorial me encargara un libro sobre esta subcultura en plan confesional. En los últimos meses me había dedicado, junto a J, a visitar clubs y fiestas liberales, a tener encuentros furtivos con parejas que contactábamos

por Internet, a participar en orgías e, incluso, a promoverlas entre nuestros conocidos. Además del sufrido trabajo de campo, había echado mano de una copiosa bibliografía que se apilaba en mi mesa, desde Boccaccio, pasando por Bataille, hasta Melissa P.

¿Era lícito que esa pequeña célula algún día aprendiera a leer? ¿Acaso cuando me preguntara de dónde vienen los bebés lo instaría a buscar en la estantería las confesiones eróticas de su mamá? ¿Cómo debía criarse a un ser humano para que sea capaz de atajar las burlas de sus amiguitos a propósito de las descripciones técnicas que hacía su madre del sexo grupal?

¿En qué colegio alternativo debía matricularlo?

Junto a la pila de libros sobre perversiones sexuales se fue situando espontáneamente una discreta torre compuesta por manuales de maternidad, guías del embarazo mes a mes y textos de psicología para madres primerizas.

El último encargo de *Primera Línea* fue un reportaje titulado: “¿Quieres hacer el amor conmigo?”. Se trataba de proponer ficticiamente a cualquier tipo que pasara por la calle que me hiciera el amor y apuntar sus reacciones. Me planté a medianoche en la puerta del baño de la discoteca Fellini para ofrecerme a todo el que pasara por ahí. Un buen grupo de ellos respondió que nunca se iban a la cama la primera noche. Cuando volví a casa escribí que a los hombres de hoy había que tratarlos con flores y bombones. Tenía un mes de embarazo.

Virginia Woolf no tuvo hijos. Tampoco Eva Perón. ¿Cómo iba a convertirme en un personaje universal ahora que me había vuelto un ser regurgitante? La poesía de Sylvia Plath,

una de mis poetas favoritas, había mejorado mucho después de tener a sus hijos, pero al poco tiempo se había suicidado abriendo la llave del gas y metiendo la cabeza en el horno. No me interesaba ser una buena escritora a un precio tan alto. Por lo pronto, el embarazo te convierte en un saco de gases. No hay ni pizca de poesía en ello, puedo asegurarlo.

Todos los días le decía a J que si teníamos alguna duda, la más mínima, todavía estábamos a tiempo de acabar con esto. Me pregunté si sería igual de válido escribir mi propia *Carta a un niño que no llegó a nacer*, el libro epistolar de Oriana Fallacci, pero agregándole un: “por mi culpa”. Cómo no iba a leer ese pequeño volumen en esas horas de insana dubitación. Descubrí en la lectura que Oriana, la ahora hiperconservadora escritora italiana conocida por su fascismo anti Islam y su homofobia declarada, también fue capaz de elaborar una bella metáfora cuando se enteró de que estaba embarazada. Ella dijo: “Parecías una flor misteriosa, una orquídea transparente”. Todos, un asesino, un violador de niños, el presidente de una superpotencia, a todos nos salía el poeta que llevamos dentro al imaginar “esa gota de vida que se escapó de la nada”. En fin, como la Fallaci pero de distinta manera, quizá desde la izquierda u otro lugar aún peor, yo podría explicarle pedagógica y dulcemente a mi feto que el aborto era un derecho inviolable de las mujeres emancipadas. Escribiría: “Querido embrión, eres solo un proyecto de mamífero, ignorante del poder que tienen otros sobre tu existencia, no tienes rostro y menos cerebro para darte cuenta de mis sospechosos movimientos en la superficie. ¿Por qué te sacaría de la nada para devolverte a la nada?”.

Cuando tenía doce años había visto a mi madre leer *El segundo sexo* de la feminista francesa Simone de Beauvoir.

El título llevaba esa palabra de cuatro letras, así que debía encerrar algo bueno. Además, nunca había visto a mi madre tener un libro tanto tiempo consigo, como otras personas llevan la Biblia bajo el brazo. Sí, esa era la Biblia de mi madre. Lo tenía ajado y subrayado, lleno de pequeñas anotaciones secretas. Por fin un día se lo robé. Lo leí y quedé tan impresionada que poco después ideé llevarlo al colegio. Recuerdo que antes de empezar alguna clase leía en voz alta a mis amigas párrafos enteros sobre la necesidad de resistirnos a nuestro destino biológico. Para la Beauvoir, la mujer sufría pasivamente ese destino, haciendo las labores domésticas, las únicas que pueden conciliarse con la maternidad. Para ella engendrar y amamantar no suponían ningún proyecto de vida, eran funciones naturales e impuestas. Por las tardes, sin embargo, mi enamorado me recogía del colegio y nos metíamos en algún oscuro pasaje para rendirme a mi oscuro destino de mujer.

¿Por qué tanta obsesión por ser mamá? En el momento en que escribo esto miles de mujeres están intentando procrear en todos los puntos del planeta. Con bancos de semen, madres de alquiler, óvulos donados. Lo sé porque yo misma, mientras hacía un reportaje sobre la donación de óvulos, doné en la clínica Dexeus de Barcelona diez de mis óvulos para alguna anónima mujer que no podía reproducirse. A esta misma hora muchas otras mujeres están dejando que esa posibilidad se vaya por el desagüe.

Sé que las tecnologías reproductivas no se detendrán hasta hacer que todos podamos entrar en la categoría de madre. Escribo sobre mi embarazo en el instante en que unos tipos con batas blancas están investigando cómo hacer posible la autoprocreación femenina, el embarazo masculino,

la gestación de seres humanos en animales y en mujeres clínicamente muertas.

Leído en un artículo científico de divulgación: un niño puede nacer con la aportación genética de una tercera persona cuya identidad jamás conocerá. Dos gemelos pueden llegar al mundo con varios años de intervalo. Una mujer puede dar a luz a un hijo que no ha concebido o que ha concebido con el espermatozoides de un hombre muerto. Un niño puede tener hasta cinco progenitores (madre ovular, gestante, social, padre genético y padre social). Una abuela puede gestar al niño concebido por su hija y su yerno. Y aún más escalofriante es que haya empresas que vendan los servicios de reproducción y partes del cuerpo de las mujeres, como ovocitos y úteros. Y otras dedicadas a la predeterminación del sexo del feto, como en la India, donde abortan 29 de cada 30 fetos femeninos.

Lo que siempre me pasa con los avances científicos: no sé si reír o llorar. Historias como la que leí en el libro de Elisabeth Roudinesco, *La familia en desorden*, hacen que me den ganas de bautizarme: “En junio de 2001, la historia de Jeanine Salomone, originaria de Draguignan, fue la comidilla de los medios. A los sesenta y dos años y después de veinte experiencias infructuosas, trajo al mundo un varón, Benoit-David, concebido con óvulos comercializados y el semen de su propio hermano, Robert, ciego y parapléjico a raíz de un intento de suicidio mediante un disparo. Ella lo había presentado como su marido y el médico californiano autor de la proeza no se hizo ninguna pregunta sobre la extraña apariencia de la pareja. Además, como la procreación generó un embrión de más, lo implantó en el útero de una madre portadora remunerada, que dio a luz a Marie Cécile,

nacida tres semanas después de Benoit-David. Adoptados por Jeanine, los dos niños eran a la vez hermanos, medio hermanos y primos, y en ningún caso podían convertirse legalmente en hijo e hija de una pareja incestuosa. Para el registro civil no eran sino los hijos de una madre célibe y un padre desconocido”.

Esto estaba ocurriendo a nuestro alrededor. Y yo simplemente era una chica embarazada. No porque lo hubiera deseado con mucha fuerza. Para usar un cliché: tal como está el mundo ya uno no puede darse el lujo de desear demasiado algo. Hoy una mujer se embaraza porque la idea no le da asco. Aunque sí un poquito de náuseas.